

Historia del tiempo presente y presente histórico¹

History of the Present Time and Historical Present

Hugo Fazio Vengoa
Universidad de los Andes, Colombia
hfazio@uniandes.edu.co

Resumen

El presente artículo es una reflexión sobre las implicaciones y los modos de conceptualizar la actual importancia del tiempo presente. Parte de la base de que se trata de un tema que se discute intensamente y que refleja cambios recientes a escala mundial. Realiza a continuación una reflexión sobre el concepto de historia del tiempo presente, a la que atribuye rasgos como el considerar el presente como un régimen temporal abierto tanto al pasado como al futuro y que posee duración. Y concluye con una reflexión sobre los rasgos del presente contemporáneo, al que llama presente histórico, y al que atribuye rasgos como su dimensión espacial mundial y sus orígenes cuando los problemas actuales asumieron por primera vez una fisonomía más o menos clara.

Palabras clave

Historia del tiempo presente, presente histórico, duración, dimensión espacial.

Abstract

This article examines the implications and ways of conceptualizing the current importance of the present. He regards this importance as a heating topic which is mirroring the world recent changes. Then it discusses a concept of the history of the present which would be characterized by the consideration of the present as a historical regime opened to the past and the future, and provided with duration. The article concludes studying the traits of the contemporary present, which the author calls it historical present, summarised in these aspects: its world dimension, on the one hand, and its origins associated with the capacity to contemplate the physiognomy of current problems in a more or less clear way, on the other.

Key Words

History of the present time, historical present, duration, spatial dimension.

Introducción

¹ En el presente artículo se presentan las ideas principales que se encuentran desarrolladas en extenso en mi libro *Historia del Tiempo presente. Historiografía, problemas y métodos* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2011).

Un rasgo distintivo de la disciplina histórica en las últimas décadas ha consistido en un vertiginoso ensanchamiento de su perímetro temático, lo que la ha llevado a que la interacción con las ciencias sociales se haya visto desbordada por el pensamiento científico en general.² Entre la pléyade de nuevos campos se destaca un marcado interés en la dirección del estudio del presente. Esta mayor proclividad por el estudio histórico de la actualidad no ha sido gratuita. Es una consecuencia del hecho que las sociedades actuales se encuentran frente a una experimentación moderna y contemporánea de la historicidad en torno al presente³ y a que el mundo se ha vuelto “más contemporáneo y menos occidental”.⁴

Como ocurre generalmente cuando se avanza en estas nuevas direcciones, la discusión sobre los presupuestos epistemológicos, los métodos y las fronteras temporales se vuelve muy intensa. No es extraño que, en estas coordenadas, no exista consenso sobre cuál es el enfoque que mejor puede dar cuenta de esta realidad: algunos la designan historia del presente, otros hablan de historia inmediata, historia vivida, historia actual, historia reciente y no falta quienes la siguen denominando historia contemporánea.

Por mi parte, desde hace un buen número de años, me he sentido identificado con el rótulo “historia del tiempo presente”, tal como fuera calificado por cierta tradición historiográfica francesa desde finales de los años setenta del siglo pasado, aunque valga señalar, desde este mismo momento, que mi enfoque difiere en lo fundamental con aquel.

Además del reconocimiento de la mayor conciencia que se tiene de la “condición contemporánea” de la historia, otro móvil político e intelectual ha vuelto imprescindible la consolidación de este campo: es llamativa la dificultad que experimentan muchos analistas de los temas contemporáneos –sociólogos, politólogos, economistas, comunicadores, historiadores, expertos en relaciones internacionales, etc.- cuando tratan de exponer y explicar las coordenadas fundamentales de la contemporaneidad que nos ha correspondido vivir.

Es tal la desazón y tantas las dificultades que experimentan que muchos de estos analistas se apegan a esquemas simplificados de la realidad, como cuando gustan de expresiones como el “choque de civilizaciones”, “el fin de la historia” o “el mundo plano”, u optan por reiterar que se viven tiempos borrascosos, tormentosos, indescifrables e inasibles. Otros no se cansan en buscar en ciertos acontecimientos el pretendido destello de una “nueva época” (tal como ha ocurrido con el 11 de septiembre de 2001 y la presidencia de Barak Obama). Los años pasan, la historia profunda sigue su inminente cauce y las fosforescencias de estos acontecimientos tempranamente comienzan a extinguirse. Útiles son las palabras del historiador Renán Silva, cuando recuerda que:

² Paolo Rossi, *Il senso della storia* (Boloña: Il Mulino, 2012).

³ François Hartog, *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps* (Paris: Seuil, 2003).

⁴ Agostino Giovagnoli, *Storia e globalizzazione* (Bari: Laterza, 2005).

[...] el presente mismo produce una actualidad engañosa, en donde lo significativo y perdurable parecería ser lo que los medios de comunicación van describiendo hora tras hora, sin que al cabo de unos pocos días podamos recordar qué era eso que se nos imponía como “actualidad”.⁵

El problema de fondo pareciera consistir en que, desde el momento en que se desvanecieron los rígidos guiones que gobernaban la época de la guerra fría –los cuales eran fáciles de comprender y permitían además validar los respectivos puntos de vista en referentes “seguros”, sencillos y precisos–, la contemporaneidad se encontrara navegando sin rumbo o hubiera quedado “privada de sentido”, tal como pregonara en su momento el politólogo Zaki Laïdi.⁶ Ha llegado a ser tan habitual este desconcierto que en esta turbación pareció haber caído Eric Hobsbawm, un historiador muy sereno, ecuánime y bastante esperanzador y seguro en muchas de sus observaciones que, en su espléndida *Historia del Siglo XX*, hizo notar esta misma pesadumbre, cuando sostuvo:

En las postrimerías de esta centuria ha sido posible, por primera vez, vislumbrar cómo puede ser un mundo en el que el pasado ha perdido su función, incluido el pasado en el presente, en el que los viejos mapas que guiaban a los seres humanos, individual y colectivamente, por el trayecto de la vida ya no reproducen el paisaje en el que nos desplazamos y el océano por el que navegamos.⁷

La historización del presente se convierte, de este modo, en una necesidad interpretativa y explicativa de la contemporaneidad, que puede ayudar a corregir el estado de confusión y de desorientación actual, hace posible mirar al futuro con optimismo y permite desbloquear las compuertas de la actualidad para su posible comprensión. En tal sentido considero que si la vida actual es imaginada como “sin sentido” o “borrascosa” no es porque lo sea, sino porque es tan bajo el nivel de historización del presente que no ha podido ser decodificado como un proceso ni han podido identificarse sus rasgos más inmanentes; no se ha logrado comprender la “condición de contemporaneidad” que engloba la actualidad.

La historia del tiempo presente: la riqueza de la expresión

De la variedad de nociones que han sido construidas para señalar la dimensión presente de la historia –la historia actual, contemporánea, presente, inmediata, etc.–, he sentido una marcada predilección por la expresión historia del tiempo presente porque, de entrada, sugiere que la actualidad participa de las profundidades y las espesuras del tiempo histórico. Para comprender mejor esta peculiaridad es necesario detenerse brevemente en el sentido que encierran los términos que conforman la expresión.

⁵ Renán Silva, *A la sombra de Clío* (Medellín: La Carreta, 2007), 78 [cursiva en el original].

⁶ Zaki Laïdi, *El mundo sin sentido* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996).

⁷ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica, 1997), 26.

Se afirma habitualmente que el tiempo constituye la columna vertebral de la historia.⁸ En efecto, sin una determinada concepción de tiempo sencillamente no puede haber historia, ni conciencia histórica y, menos aún, una producción intelectual de este tenor. Pero ¿qué es el tiempo para la historia? Debe reconocerse que la relación entre historia y tiempo se ha convertido en una “especie de derecho consuetudinario, aceptado tácitamente y nunca discutido, ni en la narración histórica ni en el pensamiento filosófico”.⁹ Quizá, se lo asume de manera implícita debido a las dificultades que entraña abordarlo. Todo historiador, sin embargo, sabe que el tiempo que le interesa es distinto al registro al que nos ha habituado el reloj, puesto que es incomparable con aquella sucesión uniforme de idénticos intervalos temporales, medidos espacialmente a través de los puntos del cuadrante, que se encuentran ubicados a idéntica distancia los unos de los otros.¹⁰

En rigor, el tiempo histórico carece de esa regularidad de intervalos y sucesiones, puesto que no es un registro que se organice con base en una medida uniforme de espacios ni dispone de una cadencia con intervalos equivalentes; su naturaleza está contenida en la temporalidad de los procesos, situaciones y eventos, tal como se presentan en la misma historia. Su despliegue incluye múltiples indicaciones irregulares (externas e internas) de tiempo y de estratos, que derivan de una amplia gama de experiencias. El tiempo histórico se realiza en distintos planos y niveles y se organiza como una extensión topológica de geometría variable. El tiempo histórico, en resumidas cuentas, es una cualidad intrínseca de los fenómenos sociales y de esta premisa se desprende su gran variabilidad en términos de ritmos, velocidades, densidades y extensiones. El tiempo en la historia consiste, en el fondo, en un entrelazamiento de diferentes dimensiones, estratos y dinámicas que entran en resonancia.

El presente resulta ser igualmente un asunto bien complicado. Etimológicamente su significado alude a un asunto bastante concreto. Indica presencia y se refiere al momento en que se desenvuelve una determinada acción. Cuando se quiere reflexionar sobre el presente, un par de preguntas se vienen inmediatamente a la mente: ¿cuál es su naturaleza? y ¿cuáles son las fronteras temporales que gobierna?

Para responder a estas preguntas me valdré de un esquema que sobre este asunto propuso hace unos años el historiador norteamericano Stephen Kern.¹¹ Según su opinión, los historiadores que han reflexionado sobre la condición del presente pueden ser divididos en tres grupos. El primero ha asumido el presente en un doble sentido: de una parte, como una sucesión de eventos locales singulares y como una simultaneidad de múltiples acontecimientos cercanos y lejanos, de la otra. Un buen ejemplo lo encontramos en la obra de Timothy Garton Ash, para quien el presente es tanto una “fina línea, de apenas un

⁸ Jean Leduc, *Les historiens et le temps. Conceptions, problématiques, écritures* (Paris: Seuil, 1999).

⁹ Karl Schlögel, *Leggere il tempo nello spazio. Saggi di storia e geopolitica* (Milán: Mondadori, 2009), 1.

¹⁰ Giuseppe Galasso, *Nientr'altro che storia. Saggi di teoria e metodologia della storia* (Boloña: Il Mulino, 2000).

¹¹ Stephen Kern, *Il tempo e lo spazio. La percezione del mondo tra Otto e Novecento* (Bologna: Il Mulino, 2005).

milisegundo de longitud entre el pasado y el futuro” y constituye una condición temporal que se correlaciona con un pasado muy reciente y con los acontecimientos actuales.¹²

Para el segundo grupo, la característica principal del presente radica en que representa una porción de tiempo entre el pasado y el futuro. Entre estos analistas se puede ubicar al historiador alemán Reinhart Koselleck, quien, en un comentado trabajo, sugería distintas proposiciones sobre el presente, y recaba que una de las principales consiste en el entendimiento de este registro temporal como aquel punto de confluencia donde el futuro se convierte en pasado. Es decir, el centro de gravedad de esta concepción se localiza en el hecho de que el presente constituye “la intersección de tres dimensiones de tiempo, donde el presente está condenado a la desaparición”. Sería, entonces, “un punto cero imaginario sobre un eje temporal imaginario”.¹³ En esta línea de pensamiento, la particularidad del presente consiste en ser un espacio de tiempo abierto en sus extremos a elementos del pasado (el espacio de experiencia) y del futuro (el horizonte de expectativas).

El tercer grupo interpreta esta condición temporal como duración y, en ese sentido, lo valora fundamentalmente como un intervalo de tiempo de una extensión mayor que la instantaneidad.¹⁴ Un ejemplo claro de estos últimos es el historiador francés Fernand Braudel, para quien, “la búsqueda histórica debe forzar la puerta del tiempo presente. Lo paradójico estriba en que, para eso, el mejor medio me parece una zambullida en lo que he denominado la ‘larga duración’ histórica”.¹⁵ Sobre el particular, conviene señalar que duración no constituye un trozo de cronología, sino que representa un ritmo de evolución. En este sentido, la dialéctica de las duraciones no es la simple superposición de estratos, sino la interacción de ritmos.

Estos enfoques encierran algunos enunciados importantes y puedo valerme de varios de estos presupuestos para construir el entendimiento que quiero ofrecer sobre el presente en tanto que categoría de la historia. De la tesis que avanzan los historiadores del primer grupo, quisiera rescatar la idea de que el presente constituye un registro temporal en el cual se despliegan los acontecimientos, cercanos y distantes. Me parece muy sugestiva esta tesis porque reconoce que el presente incluye la “concordancia”, la coetaneidad y/o la simultaneidad de acontecimientos desplegados en el espacio. Esta imagen resulta ser muy atractiva porque sugiere que el presente no solo constituye un registro de tiempo, pues también consiste en una determinada “extensión espacial”.

En efecto, una primera cualidad del presente cuando es pensado en el contexto de la contemporaneidad actual consiste en que constituye un dilatado régimen temporal y representa, al mismo tiempo, un tipo de espacialidad donde coexisten y se sobreponen variados estratos de tiempo que convergen en la simultaneidad (“la simultaneidad de lo no

¹² Garton Ash, *Historia del presente*. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90 (Barcelona: Tusquets, 2000), 16.

¹³ Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (Barcelona: Paidós, 2001), 116 y 117.

¹⁴ S. Kern, *Il tempo e lo spazio*, 89.

¹⁵ Fernand Braudel, *Escritos sobre la historia* (Madrid: Alianza, 1987), 143 [cursiva en el original].

contemporáneo”, como diría Reinhart Koselleck). Por el hecho de entrañar esta dimensión de espacialidad, en el mundo actual el presente existe solo en tanto que fenómeno singular, que subsume los variados presentes nacionales, locales, regionales, etc., dentro de sí mismo.

A diferencia de lo que ocurre con los otros regímenes de tiempo, y particularmente con el pasado, que solo en la lejanía temporal puede ser entendido como un fenómeno singular, el presente contemporáneo no representa una convivencia de varios presentes singulares en un momento determinado. No. En realidad, constituye un fenómeno singular que se representa como un registro de tiempo mundial o, mejor dicho, global, el cual transforma, distorsiona, y redirecciona la realización de los posibles proyectos históricos nacionales. Su fuerza y su sentido residen en su capacidad para “emitir señales”, es decir, para vincular fenómenos entre sí y hacerlos entrar en resonancia. Es un presente mundial que ofrece a las sociedades con historias singulares un presente común.¹⁶

Otra particularidad que se desprende de esta condición espacial del presente contemporáneo consiste en que invita a pensar la “sincronía” como una categoría histórica de primer orden. Este asunto también reviste una gran importancia porque ha sido habitual entre los historiadores privilegiar el enfoque diacrónico sobre la sincronía, así como han tendido a destacar el tiempo por encima del espacio. Historizar la sincronía exige propender por un ensanchamiento de la mirada histórica y prestar la debida atención a otro tipo de regularidades posibles, a las conexiones¹⁷ y a los cruces¹⁸ entre historias singulares. La unión de estos dos elementos, es decir, la unicidad del presente y la inclusión de la sincronidad histórica, constituye el fundamento que hace posible recurrir a procedimientos comparativos y cruzados y también es lo que permite sopesar las experiencias, acciones y situaciones de los distintos colectivos dentro de un mismo horizonte espacio-temporal.

El presente, por tanto, es un registro de tiempo que dispone de una densidad diacrónica y sincrónica, de manera simultánea. Visto desde este ángulo, se puede sostener que el mundo contemporáneo está asistiendo al nacimiento de una heterogénea sociedad global, dado que la sincronidad en torno al horizonte compartido exalta la diacronía de las trayectorias particulares.

De la segunda perspectiva, es decir, aquella concepción que sostiene que el presente representa un registro temporal abierto en los extremos a ciertos elementos del pasado y a otro tipo de conexiones que puedan establecerse con el futuro inmediato, se infiere que el presente comporta esencialmente una dimensión “diacrónica”, comprende una secuencia temporal, y que, por ende, los distintos registros temporales deben ser comprendidos en su

¹⁶ Zaki Laïdi, *Le temps mondial* (Bruselas: Éditions Complexe, 1997).

¹⁷ Serge Gruzinski, *Les quatre parties du monde* (Paris: La Martinière, 2004); Emily Rosenberg (ed.), *A World Connecting 1870-1945* (Londres: The Belknap Press of Harvard University Press, 2012).

¹⁸ Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, “Penser l’histoire croisée: entre empirie et réflexivité”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 1 (2003): 7-36.

propia cadencia. “Si todas las dimensiones de tiempo –ha escrito Reinhart Koselleck– están contenidas en un presente que se despliega, sin que podamos remitir a un presente concreto porque continuamente se escapa, entonces las tres dimensiones de tiempo tendrán que ser a su vez temporalizadas”.¹⁹ El presente, de esta manera, se encuentra abierto en los extremos: hacia el pasado, porque es el resultado de “espacios de experiencia”, y hacia el futuro, por la expectativa del porvenir, o “el horizonte de expectativa”, al decir del mismo pensador alemán.

Si estos registros temporales deben ser temporalizados, entonces, son asuntos variables en relación con el presente; se puede distinguir una pléyade de pasados y de futuros que orbitan en torno al punto fijo del presente. Este presupuesto lleva a sostener que, no obstante la presentización hacia la cual propende la mayor parte de las sociedades actuales, la condición contemporánea solo existe en conjunción con elementos de pasado y otros de futuro. Este vínculo con otros registros temporales conduce a la conclusión de que el presente no es sinónimo de actualidad, pues mientras esta última representa una coyuntura, en el sentido que usualmente la conciben los politólogos, economistas y comunicadores –en la cual prima la inmediatez, el tiempo corto y fugaz–, el presente engloba una extensión diacrónica.

Es visualizando el problema desde este ángulo como puede entenderse el hecho de que la categoría presente en relación con los otros componentes del tríptico no sea un simple problema de sucesión que iría del pasado hacia el futuro, de lo cual se desprendería que el presente sería un simple intervalo transitorio. Es preferible la imagen que ofreciera en alguna ocasión Walter Benjamin, cuando sostenía que el pasado es un régimen temporal que germina en conjunción con el presente, son simultáneos y no contiguos. Esta concepción de tiempo es bien distinta a las convencionales porque se encuentra distante del pensamiento mecánico que ubica la causa en la anterioridad inmediata dentro de una cadena temporal, y es asimismo más hermenéutica pues apunta a una interpretación de los acontecimientos para descubrir su sentido más intrínseco.

No puede haber ningún pasado sin un presente y tampoco existe este último desprovisto de su anterioridad. Esta maleabilidad de los registros de tiempo significa que todos se encuentran en permanente construcción y reconstrucción y que, al igual que ocurre con el presente, también el futuro y el pasado se encuentran “abiertos en sus extremos”. El primero por la variabilidad de itinerarios posibles y por su gravitación en el presente, y el segundo porque siempre se encuentra sujeto a revisión, a reactualización, a reinterpretación.

El entendimiento de los distintos registros de tiempo como regímenes abiertos no constituye una posición extrema de relativismo con fuerte sabor posmoderno. Más bien lo que se quiere destacar es que dentro de este tríptico la relación de fuerza es desigual en favor del presente. El presente interviene como punto fijo en torno al cual giran el pasado y el futuro, constituye el centro de gravedad del tiempo histórico,²⁰ representa una estructura

¹⁹ R. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, 118.

²⁰ Bernard Lepetit, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique* (Paris: Albin Michel, 1999), 277.

cultural en permanente construcción,²¹ cuya variabilidad obedece a cual sea considerada la percepción temporal predominante en la sociedad en un momento particular.

Finalmente, del tercer enfoque, que tiene, a nuestro modo de ver, la cualidad de ser una propuesta lo suficientemente abierta como para poder incorporar los elementos destacados de las otras dos concepciones, se puede subrayar su tendencia hacia una comprensión global del presente, debido a que se le entiende como “duración”, sustantivo cuyo significado intrínseco alude a subsistir, permanecer, continuar siendo. El presente como duración designa un movimiento de transformación, constituye el ritmo de las cosas, representa un devenir, que arranca en un pasado presente, prosigue en un presente pasado, transita por el presente sin más, a secas, hasta que se sumerge en un futuro presente. Durante todo este transcurrir se van sintetizando elementos diacrónicos y sincrónicos.

A diferencia del concepto de tiempo que, en su acepción habitual, se descompone en intervalos simétricos y que por ese hecho no representa ninguna propiedad de las cosas, es un registro exterior a ellas, la duración es un atributo de la misma realidad social,²² es el tiempo de las “cosas”, es una cualidad que por su prolongación se conecta con el pasado y el futuro. La duración es, en pocas palabras, un régimen de tiempo que expresa con su cadencia la cualidad de los cambios sociales e indica el “devenir” de los fenómenos en sociedad. La duración es, en el fondo, la expresión connatural, intrínseca, del tiempo histórico.

Con base en esta noción se puede concluir que este registro de tiempo es un régimen temporal abierto, que incluye elementos de diacronía y otros de sincronía, que no se ciñe a ninguna experiencia histórica en particular, que presupone la existencia de una multitud de estratos de tiempo que se corresponden con distintas formas de experiencias y con los ritmos diferenciados que se presentan en los fenómenos que se despliegan en los distintos ámbitos sociales. El presente ocupa un lugar gravitante en cuanto a los demás componentes del tiempo y constituye un régimen temporal que se realiza en la temporalidad y en la espacialidad, de manera simultánea. En razón a lo anterior, puede afirmarse que no hay idea más lejana de la realidad que suponer que el presente constituye un “delgado hilo” de tiempo condenado a desaparecer. Es, por el contrario, un dilatado y neurálgico régimen de tiempo.

Presente histórico e historia del tiempo presente

Del entendimiento del presente en términos de duración, su extensión espacial y su apertura con los otros registros de tiempo se puede avanzar la tesis de que, en la actualidad, y quizás por primera vez en la historia humana, la población del planeta ha empezado a

²¹ Jean Chesneaux, “Le temps et l’Histoire. Entretien avec Jean Chesneaux”, *Genèse*, vol. 29, 1 (1997): 123-140 (128).

²² Philippe Zarifian, *Temps et modernité. Le temps comme enjeu du monde moderne* (Paris: L’Harmattan, 2001), 95.

compartir un mismo horizonte espaciotemporal. Considero que todos los colectivos humanos están coincidiendo en un mismo horizonte temporal porque desde el último tercio del siglo XX el mundo se ha convertido en “una categoría histórica”, tesis que retomo del analista brasileño Octavio Ianni, cuando afirmaba que el globo ha dejado “de ser una figura astronómica para adquirir plenamente una significación histórica”.²³ Otro brasileño, el geógrafo Milton Santos, brindaba contemporáneamente otra adecuada entrada para comprender la dimensión espacial de este mismo horizonte compartido, cuando argumentaba que “el mundo, al expandir sus límites convencionales, se amplió y encogió, volviéndose un ‘lugar’”.²⁴ Ambas extensiones de esta incuestionable transformación, la espacial y la temporal, han entrado a determinar, por su parte, la naturaleza y las fronteras cronológicas del presente histórico contemporáneo.

El presente histórico está conformado por una composición de variadas situaciones sincrónicas y diacrónicas, combinación que incluye, de una parte, un buen número de situaciones pasadas sobre las cuales todavía se puede reaccionar y que, por tanto y a su manera, siguen participando en la modelación del presente; y, de la otra, que también participa un futuro, el cual interviene figurativamente como “aquella línea en el horizonte”, como un futuro presentizado, donde se realizan las esperanzas, los riesgos, los pronósticos y los anhelos.

Si lo anterior significa que el presente histórico constituye la manera en la que durante nuestra contemporaneidad se modula la duración, debe reconocerse igualmente que este período constituye asimismo una condición de espacio temporalizado, que abraza todo elemento de significación mundial (sincronicidad), que puede ser local, global o la conjunción de ambas, o sea, “glocal”. Es un presente de mundo en donde se despliegan los más variados itinerarios sociales de todos los colectivos humanos.

El presente histórico representa el intervalo de tiempo en el que se desenvuelven las sociedades contemporáneas, y, para comprender su naturaleza, se debe tener en cuenta que su figuración no es plana o geométrica, sino topológica, dado que su representación se realiza como una composición conformada por variados relieves de disímiles extensiones espaciales y de desiguales protuberancias temporales, con distintas densidades diacrónicas y de destino.

Topológico, a diferencia de lo que sugiere una imagen geométrica, significa que el valor histórico de los eventos y de las dinámicas no viene dado por su mayor relieve o por su cercanía a un determinado centro, sino por la resonancia y el encadenamiento que dichas situaciones son capaces de producir. Con la referencia a lo topológico se quiere expresar igualmente que el diferencial en términos de relieve indica la existencia de disímiles temporalidades dentro de este período, pero no en un sentido jerárquico –donde unas se encontrarían en una posición aventajada con respecto a otras–, sino en tanto que disponen de una cobertura heterogénea dentro del horizonte espacio temporal compartido.

²³ Octavio Ianni, *Teorías de la globalización* (México: Siglo XXI, 1996), 3.

²⁴ Citado en Renato Ortiz, *Mundialización: saberes y creencias* (Barcelona: Gedisa, 2005), 97.

Conviene anotar que la historia del tiempo presente y el presente histórico se refieren a cosas distintas, aun cuando compartan en el fondo un mismo registro de tiempo. El primero es un procedimiento teórico y metodológico que se utiliza para darle inteligibilidad y profundidad a la condición de contemporaneidad que nos ha correspondido vivir. El segundo constituye aquel período de tiempo que caracteriza nuestra contemporaneidad y, de suyo, representa el intervalo temporal donde puede practicarse la historia del tiempo presente.

Como todo período en el que es posible subdividir la historia, este presente comporta algún tipo de frontera temporal que le es inherente. Empero, a diferencia de otros períodos ya concluidos, cuyos linderos se mantienen inamovibles, el presente histórico dispone de una variabilidad de origen y, desde luego, no posee ninguna frontera de finalización, pues se sigue construyendo en el día a día de la actualidad más inmediata. Indudablemente, este presente histórico actual tendrá que llegar en algún momento a su correspondiente finalización.

Lo que sí se puede afirmar de modo bastante concluyente es que este período dispone de la acción de una zona fronteriza germinal, aun cuando, por su propia naturaleza, este también sea un asunto variable y seguramente cambiante, en razón de las transformaciones que va experimentando de manera periódica la actualidad más inmediata.

Para entender la manera como se establece el nacimiento de esta frontera temporal inicial es necesario recurrir a la historia del tiempo presente y, particularmente, a una propuesta interpretativa sugerida por el historiador británico Geoffrey Barraclough, cuando, en un legendario libro escrito en la década de los sesenta del siglo pasado, aseguraba que el presente (el cual denominaba como historia contemporánea) emerge cuando los procesos que caracterizan aquella coyuntura desde la cual se observa, o sea, la más inmediata, “asumen por primera vez una fisonomía más o menos clara”.²⁵

De este razonamiento se infiere que el presente comporta una densidad y una extensión temporal. Su perímetro se establece a partir del reconocimiento de las dinámicas medulares que caracterizan el momento en que se encuentra situado el observador, que, en nuestro caso, es el tercer lustro del siglo XXI. Esto significa que la actualidad más inmediata constituye el punto de arranque para la determinación del contorno inicial del período. A continuación, debe volverse la vista atrás y recorrer el desarrollo de estas continuidades hasta que se llega a su fuente original, o sea, a aquel momento cuando, como sugería Barraclough, los problemas actuales asumieron por vez primera una fisonomía más o menos clara. Es a través de este procedimiento que se identifica el momento de origen del presente. Una vez alcanzado este estadio en el conocimiento, se reconstruye la proyección temporal de estos procesos en su secuencialidad hasta retornar a la coyuntura en la que se encuentra situado el observador (el ahora).

²⁵ Geoffrey Barraclough, *Guida alla storia contemporanea* (Bari: Laterza, 2005).

Para decirlo en palabras de un historiador francés contemporáneo, la trama del tiempo presente se diseña a través del ejercicio de una actividad heurística sobre un segmento cronológico en continua extensión. Al igual que el polder de un campesino holandés, es menester polderizar las décadas recientes, que el tiempo que pasa libera como tantas playas temporales nuevas para invertir. La historia del tiempo presente es, de esta manera, la afirmación de un principio –la historia próxima no escapa al perímetro de la investigación de la disciplina histórica– y la puesta en escena de una práctica de geometría variable porque dicha historia se ubica en una escala móvil de tiempo.²⁶

Esta correspondencia entre la naturaleza de lo inmediato, la retroproyección de los elementos que singularizan la actualidad, el develamiento de los orígenes del período y el despliegue temporal de estos procesos (esta vez en su sentido cronológico), constituyen un conjunto de procedimientos del marco conceptual que permiten identificar las líneas de fuerza que caracterizan al respectivo período y, en particular, hacen posible determinar los contornos fundamentales del presente histórico, noción, que como se dijo, es distinta del “ahora” y de otras expresiones análogas, como el “instante fugitivo”, porque representa un intervalo de tiempo que dispone de una intencionalidad longitudinal.

El hecho de que el presente histórico se determine en el sentido inverso a la cronología, es decir, a partir de los tipos de sociedad y del momento en que se encuentra el observador, demuestra que este es un concepto flexible, muy distinto de otras nociones aparentemente similares como son las nociones de período o de era, por ejemplo. Si la inmediatez constituye el germen que determina los contornos de este intervalo de tiempo, entonces, sus fronteras cronológicas no se establecen de una vez para siempre, sino que se transforman a medida que la actualidad va experimentando cambios profundos y radicales, o sea, “la escala móvil de tiempo” de la que habla Sirinelli.

Este entendimiento del presente me lleva a señalar que distinta debe ser la relación que se establece con el pasado, porque este no alude a aquello que se encuentra a X distancia temporal del hoy, como podían haber imaginado los historiadores durante la época de la guerra fría, que ponían un techo temporal máximo a sus estudios (generalmente, la Segunda Guerra Mundial), sino que el pasado comprende aquellos fenómenos que se han alejado de la condición de contemporaneidad, aun cuando cronológicamente algunos puedan encontrarse en las inmediaciones. Como sugiere Sirinelli, puede ocurrir también que ciertos fenómenos relativamente más distantes en el tiempo se encuentren articulados con el presente, lo que ocurre siempre y cuando se correspondan con elementos o con dinámicas de la coyuntura del observador y que provean de sentido a la explicación y a la descripción de la actualidad más inmediata (“segmento cronológico en continua extensión”).

Esta distinción de distintos pasados en relación con el presente significa que el presente histórico no encuentra su origen en un acontecimiento único y tampoco puede ser

²⁶ Jean-François Sirinelli, “Réflexion sùr l’histoire et l’historiographie du XX siècle français”, *Revue historique*, 3 (2005): 620.

demarcada una línea recta que precise un corte cronológico tajante entre este período y el pasado. Su representación es más cercana a la imagen que sugiere la observación detallada de un borde costero, con extensiones, escabrosidades y encogimientos, con respecto al hoy.

En síntesis, la profundidad del presente histórico no puede ser predeterminada de antemano y tampoco es posible suponer que pueda disponer siempre del mismo espesor o de la misma extensión de tiempo. Su variabilidad se encuentra determinada por el tipo de dinámicas que son distinguidas como germinales para la correspondiente inmediatez del observador y, por eso, es que sostengo que a la historia del tiempo presente no le pueden ser establecidas unas fronteras temporales fijas, como podrían ser las del último medio siglo²⁷ o los años de vida de una generación.²⁸

Ello lleva a afirmar que si la fisonomía del presente se descifra desde la inmediatez del observador, el contenido del período se encuentra determinado tanto por la actualidad más inmediata como por el pasado que ha catalizado y ha hecho posible el advenimiento del respectivo hoy. Ese ayer, por tanto, sobrevive como un *pasado presente* activo que interviene en la modelación del tiempo del observador. Por eso, el origen del presente histórico representa un pasado que se mantiene presente.

Si se correlaciona esta reflexión sobre el presente con cierta imagen del mundo como categoría social, puede decirse que este entendimiento de una fisonomía variable en el tiempo no significa que sus fronteras puedan ser remplazadas, tal como se ha dicho, con la determinación de una periodicidad recurrente y uniforme, ni que puedan ser reconocidos varios presentes históricos coexistentes en la simultaneidad, cuyo simple apilamiento conformaría el más grande, a saber, el global. A mi modo de ver, una situación tal simplemente no puede tener lugar porque el presente histórico representa un fenómeno planetario, constituye un fenómeno singular, es decir, solo existe en tanto que “presente del mundo”.

Ahora bien. Tampoco es otorgable una variabilidad de sus expresiones que puedan modificarse de modo permanente, porque este presente histórico se encuentra potenciado por un conjunto de procesos, que son los que, en última instancia, avalan su existencia, y estos, obviamente, no transmutan en el día a día, así como su naturaleza difícilmente puede ser captada apenas afloran sus primeras manifestaciones. Por lo general, se requerirá de un intervalo de tiempo, más o menos largo, de un dilatado período de transición, para que se cimenten las dinámicas capaces de modificar los contornos de un determinado presente histórico, para que decanten o se modifique, de manera profunda, los procesos que lo singularizan.

En este sentido, la identificación de los orígenes con una coyuntura histórica particular y no con un elemento, un acontecimiento o un factor en especial, obedece a que un trayecto temporal como este no puede ser puesto en marcha por una sola dinámica, sino

²⁷ Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente* (Madrid: Alianza, 2004).

²⁸ Pierre Chaunu, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente* (Madrid: Espasa-Calpe, 1978).

que constituye el resultado de la acción recíproca de conjuntos de ellas. Igualmente, se puede señalar que estas dinámicas tienen que ser procesos con un alcance de generalidad planetaria y, en este sentido, tienen que trascender el marco de las transformaciones actuantes de modo especial en un ámbito geográfico particular, como equivocadamente muchas veces se ha presumido con ciertas experiencias europeas y con las grandes narrativas de la historia universal. El presente histórico solo puede fundamentarse en procesos que efectivamente sean mundiales.

Por esta estrecha relación entre el período y los procesos que lo sustentan es que resulta muy difícil prever el advenimiento de un nuevo presente en la inmediatez misma, cuyos orígenes, para el actualmente existente, he situado en las postrimerías de la década de los sesenta, y que “simbólicamente” puede ser representado en el “año-acontecimiento” de 1968.²⁹ De más está decir que esa coyuntura original que hoy se le reconoce no fue comprendida en su momento; no era claramente visible en dicha actualidad, así como tampoco lo fue la Segunda Guerra Mundial como elemento divisorio de un nuevo período en la segunda mitad de la década de los cuarenta del siglo pasado.³⁰

Correlativamente, para la determinación de los orígenes del presente actual también fue necesario que sobrevinieran varios acontecimientos, que se asistiera al fortalecimiento de un conjunto de tendencias, las cuales eran casi imperceptibles en su etapa original, y que se disiparan también ciertos marcos constrictivos que mantenían atada dicha coyuntura germinal en un pasado cuya extensión se prolongaba hasta finales de la Segunda Guerra Mundial (el guion de la guerra fría y la implosión del Segundo y Tercer Mundo). Todo esto tuvo que ocurrir, para que, en su momento, se pudiera llegar a afirmar que el presente histórico en desarrollo estaba disponiendo de tal o cual fisonomía.

De este sello distintivo que encierra la comprensión de este presente histórico contemporáneo pueden derivarse tres elementos que son consustanciales a la historia del tiempo presente: el primero consiste en su entendimiento como duración, razón por la cual no puede ser equiparable a la historia actual, reciente o inmediata. El segundo elemento es que esta es una historia que debe llevarse a cabo en un sentido distinto y más complejo que la secuencia a las que nos tiene habituado la cronología, porque es una perspectiva que se focaliza en la comprensión retrospectiva de la cadencia y los ritmos temporales propios de los fenómenos estudiados. La última inferencia que se puede extraer consiste en que la historia del tiempo presente, en la medida en que es un enfoque que se ubica en un plano muy distinto del de la secuencia cronológica, supone una inversión de la causalidad histórica, tal como en su momento Isabelle Stengers propusiera, cuando argumentaba que la

²⁹ Hugo Fazio Vengoa, “Los años sesenta y sus huellas en el presente”, *Revista de Ciencias Sociales*, 33 (2009): 16-28.

³⁰ Agostino Giovagnoli sostiene que la plena aceptación de la Segunda Guerra Mundial como ruptura radical en la historia del siglo XX pertenece a un momento, identificable con los años sesenta y setenta, cuando se difundió una idea de la guerra distinta de aquella que había sido vivida directamente, convirtiéndola en una experiencia particular. A. Giovagnoli, *Storia*, 117.

causa no preexiste a sus efectos.³¹ A su manera, sin que la identificación pueda ser plena, este procedimiento es cercano a aquella propuesta de arqueología sugerida por Michel Foucault, que no tomaba por modelo un esquema lógico de simultaneidades, ni la sucesión lineal de acontecimientos, sino que se proponía mostrar los entrecruzamientos entre relaciones necesariamente sucesivas con otras que no lo eran.³²

En síntesis, la historia del tiempo presente es un enfoque que se propone el diseño de una cartografía topológica de las coordenadas fundamentales de la contemporaneidad. Dentro de este contexto es donde se debe aprehender el lugar, el contenido y el sentido de los acontecimientos y las situaciones bajo observación. Puesto que estos ejes están conformados por el espacio y el tiempo, es una historia abocada a comprender los fenómenos sociales contemporáneos a partir de sus variadas espacialidades y temporalidades, sus cadencias, alcances, extensiones, sincronizaciones y encadenamientos. En pocas palabras, la historia del tiempo presente representa la ruta cartográfica de la historia global.

Profile

Hugo Fazio Vengoa, es historiador y doctor en Ciencia Política por la Universidad Católica de Lovaina. Profesor titular del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, Colombia, actualmente se desempeña como decano de la Facultad de Ciencias Sociales de esta Universidad. Especialista en historia contemporánea de Europa y de América Latina, es autor del libro *Historia del Tiempo presente. Historiografía, problemas y métodos*. Bogotá, Ediciones Uniandes, 2011.

Hugo Fazio Vengoa is a historian and has a PhD in Political Science in the catholic University of Lovaina. Professor in the department of History at the University of Los andes, Colombia, he is currently dean of the Faculty of Social Sciences in this University. Expert in European and Latin-American Contemporary History, he is the author of the book *Historia del Tiempo presente. Historiografía, problemas y métodos*. Bogotá, Ediciones Uniandes, 2011.

Fecha de recepción: 15 de mayo de 2018.

Fecha de aceptación: 4 de junio de 2018.

Publicación: 30 de junio de 2018.

³¹ Citado en François Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines* (Paris: La Découverte, 1997), 339.

³² Michel Foucault, *L'archéologie du savoir* (Paris: Gallimard, 1997), 219.